

gráficamente. Es la historia que él nos cuenta basándose en la bibliografía de la página 138. Desde el principio nos encontramos con unas gentes duras e indomables, con su "lucha, tesón y resistencia" a la conquista española. Fueron feroces oponentes al dominio español; además, "astutos y sagaces, supieron (cuando les convenía) adaptarse a la idiosincrasia del español, sus patrones sociales y económicos para formar la sociedad que aún, hoy por hoy, permanece" (pág. 11). Los dibujos —acuarelas y tinta— ilustran el encuentro de los españoles no sólo con los guajiros tenaces, sino con la selva ardiente, tropical, y el mar Caribe lleno de tesoros: perlas para el intercambio. También cuenta de las transformaciones culturales, de cómo se volvieron comerciantes por ser la península paso de ida y vuelta de los barcos a los puertos coloniales, y ganaderos, gracias a unos extraños trueques que los hizo más sedentarios pero no pacíficos, porque las batallas continuaron: "los indios guajiros, excelentes guerreros y tiradores, mantuvieron su autonomía, sus costumbres y su idiosincrasia hasta los primeros lustros del siglo XX" (pág. 36). Después vienen capítulos que hablan de los orígenes, de la economía, de las castas, de la compleja organización social y familiar, de las costumbres, de la religión, de las distintas manifestaciones culturales, explicaciones de forma breve que van apoyadas con los dibujos, que, a su vez, tienen movimiento. Además, cada página está diagramada con talento, en ella las ilustraciones entran y salen del texto con ritmo, es imposible evitar el mantener cierta sonrisa en la comisura de los labios.

Hasta aquí el primer libro. Después viene: "Guajira. Destino". destino, tal vez, en el sentido de fatalidad. Este segundo libro tendría una introducción que en verdad es el final de la primera parte: "Provincia Guajira". Allí nos sitúa, en el sur, en un lugar que es un triángulo, zona "donde se gestó la personalidad del vallenato o provinciano; el lugar donde se desarrolló la historia de la provincia guajira..." (pág. 81). Allí la conquista española también fue violenta y cruel:

lo muestran las batallas en las ilustraciones, también graciosas. Allí, después de mucha sangre derramada, se fueron acomodando los unos y los otros, y se mezclaron. Después trajeron esclavos, y hubo más mezclas. "Indio, mestizo, mulato, blanco y negro se fusionaron en un cruce permanente del que surgió un nuevo tipo humano de altas calidades: el vallenato o provinciano" (pág. 88). Viene la leyenda que no podía faltar, la de Francisco el Hombre, entonces el destino en "donde se habla de su majestad el carbón, del complejo carbonífero el Cerrejón Zona Norte y sus importantes repercusiones para el devenir de la Guajira" (pág. 95).



Aparecen los antecedentes, desde 1865, cuando un *míster* descubre la mina de carbón, hasta que en 1950 el Ifi comienza los estudios; así, tras las licitaciones, se crea Carbocol, empresa del Estado que, en asocio con Intercor —firma que gana la licitación—, empiezan "el proyecto industrial más ambicioso que Colombia haya emprendido en toda su historia". El texto y los dibujos explican el proceso de extracción del carbón, un asunto de magnitudes inimaginables. Aquí ha desaparecido la Guajira, lo que queda del indio bravío, el ambiente, el calor, los vallenatos, los colores de la acuarela y hasta el humor: nos quedamos con los hombrecitos de overol y casco que hablan del complejo sistema mecánico para la extracción del carbón.

Por eso hablo de dos libros diferentes. Uno primero, que es el cuento ilustrado de los guajiros a la llegada de los conquistadores, bonito y rico de leer. El segundo, con menos gracia, que habla del proceso de extrac-

ción del carbón en la mina del Cerrejón Zona Norte por parte de Carbocol-Intercor, pegados desafortunadamente con unas brevísimas páginas de historia de la zona vallenata; y esto es lo que molesta, en cuanto a la unidad de un libro tan bien hecho, que no es uno, ni son dos.

DORA CECILIA RAMÍREZ

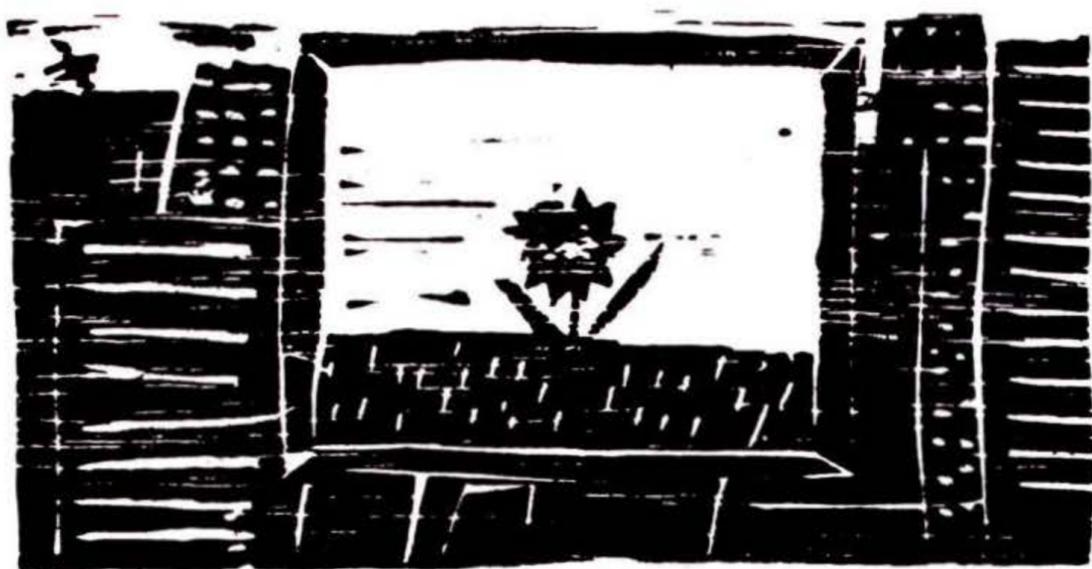
Desde otra óptica

Ecología y sociedad

Hernando Patiño

Tercer Mundo Editores, Bogotá,
1988, 191 págs.

Dentro de la discusión ecológica en Colombia es posible encontrar cuatro grandes corrientes que, aunque no comprenden necesariamente todas las formas de pensar y actuar, por decirlo de alguna forma, se han apropiado de dicha discusión, algunas veces proponiendo soluciones concretas y otras llevando a cabo estudios desde los cuales se pueda llegar a soluciones. Es así como entre estas corrientes se puede distinguir, por un lado, el enfoque etnoecologista, cuyo objetivo principal es demostrar cómo en sistemas no capitalistas precolombinos, por ejemplo el inca, se había llegado a una racionalización del ecosistema y del modo en que se usaban los recursos naturales. A partir del análisis histórico, se pretenden estructurar estrategias de educación ambiental. Por otro lado, se podrían agrupar todos aquellos interesados en la investigación agronómica, los cuales también quieren llegar a un uso racional de los recursos naturales a través de proyectos de interés común para varias disciplinas y enfocando la investigación hacia los diferentes ecosistemas regionales. Como ejemplo de esta corriente, cabe mencionar a los participantes en la Conferencia Internacional de Investigación Agrícola y Uso de la Tierra en la Amazonia. Un tercer grupo, mucho más



heterogéneo, sería aquel conformado por todas las personas que —debido, básicamente, a un interés humanista y a un proyecto de vida cuyo pilar principal es una relación directa con la naturaleza—, han hecho de la ecología uno de sus temas de preocupación. A esta corriente pertenece, entre otros, el grupo de ecologistas radicados en Villa de Leiva. Finalmente, tendríamos una cuarta corriente representada por estudios como *Ecología y sociedad*, en los cuales se hace un análisis de la ecología a partir de presupuestos sociológicos. En este caso, a pesar de que se trata de un intento interesante, se presentan varios problemas debidos, en su mayoría, a las premisas doctrinarias y unilaterales desde las cuales se inicia la discusión.

Para analizar *Ecología y sociedad* de Hernando Patiño habría que entrar a discutir, en primera instancia, el enfoque materialista dialéctico del mundo y, en segundo lugar, las extrapolaciones que se pueden hacer a partir de dicho enfoque. Supongo que lo primero rebasa el objetivo de esta reseña. En cuanto a lo segundo, no cabe la menor duda de que, cuando se estira una construcción teórica y se pretende que lo explique todo, es imposible evitar caer en imprecisiones, por exceso o defecto, con respecto al objeto estudiado. *Ecología y sociedad* es un libro en donde, si bien es cierto que hay críticas válidas a un sistema demasiado preocupado por el agronegocio y en el que lo último que importa es el hombre y la naturaleza, el paradigma materialista a partir del cual estas críticas se lanzan se convierte en un elemento perturbador que en poco o nada contribuye a

estructurar los planteamientos ecológicos generales o particulares en los que el libro se ocupa.

En el primer capítulo del ensayo de Hernando Patiño, el cual hace las veces de marco teórico, Engels es elevado a la categoría de ser omnisciente e infalible con derecho a opinar sobre cualquier asunto y a partir del cual se puede explicar el cosmos entero en su infinita complejidad. Entre extensas citas del mencionado filósofo, el autor trata de hacernos ver y compartir con él la idea de que la crisis ecológica actual se reduce “a la incapacidad de la burguesía para seguir rigiendo las fuerzas productivas modernas” (pág. 28). Al hacer aseveraciones de este tipo, doctrinarias y reduccionistas, Patiño se queda corto al tratar de explicar las causas y circunstancias que hacen que la cultura contemporánea, la cual se extiende desde China hasta el continente americano, se haya dado a la tarea de destruir el medio ambiente de manera sistemática e indolente. Cuando asegura que “para los países del Tercer Mundo [...] [se] plantea la necesidad de adelantar las tareas de la liberación nacional rompiendo el yugo de los monopolios imperialistas” (pág. 34) con el fin de establecer “las garantías fundamentales para la protección del medio ambiente” (pág. 34), Patiño cae en la trampa de una retórica politiquera y decadente que bloquea la posibilidad de llegar a soluciones concretas, las cuales son, ciertamente, urgentes en el campo de la ecología. Confiriéndole tanto énfasis a lo que de lucha de clases y colonialismo está involucrado en el problema, no hace más que darle vueltas

a la antigua paradoja que se pregunta que fue primero si el huevo o la gallina y que termina dejándonos paralizados para comernos el huevo o desplumar la gallina. Cuando se trata de un tema tan presente como la ecología, donde lo que se requieren son soluciones concretas y efectivas, no creo pertinente ni útil aferrarse a concepciones rígidas y, a partir de ellas, saltar a conclusiones apresuradas y simplistas.

Los enunciados principales sobre los cuales se sustentan las conclusiones a que se llega en el libro, se encuentran en este primer capítulo, el cual, al hallarse enmarcado dentro de un perfil ideológico rígido, afecta toda la estructura y contenido de la obra, confiriéndole un carácter estrecho que se interpone entre los objetivos de concientización a que el autor quiere hacernos llegar y el manejo que para esto hace del discurso.

El libro está lleno de extrapolaciones ideológicas. Un ejemplo típico de esto es el análisis que el autor hace del cultivo de caña de azúcar en el Valle del Cauca. En este estudio denuncia cómo dicho cultivo “reduce el contenido de nutrientes del suelo [...] contribuye a incrementar la escasez de agua [...] genera compactación de la estructura del suelo y [debido al uso de herbicidas] desata cambios profundos en la microbiología del suelo” (pág. 124), y a partir de dicho planteamiento salta a conclusiones que, más que a un desarrollo lógico, obedecen a la aplicación estricta de fórmulas de pensamiento. Es así como Patiño concluye que el problema antes mencionado se debe “al carácter monopolista de las relaciones de producción” (pág. 124) y al “despojo de la pequeña propiedad campesina” (pág. 124), ignorando con esto que los problemas ecológicos están muy relacionados con la educación a ese nivel y que también se dan en regiones donde prima el minifundio.

Con lo anterior no quiero decir, sin embargo, que en el libro no haya cosas que merezcan la pena de ser rescatadas. Entre éstas, tenemos la exposición sobre el control natural de plagas a partir de feromonas y el lenguaje bioquímico de los insectos y terpenos aleloquímicos (págs. 59-71),

o la toma de conciencia sobre la importancia del Amazonas a que nos insta en el capítulo dedicado al "laboratorio genético más rico del mundo" (pág. 71). No obstante, capítulos interesantes como éstos naufragan en el mar de la doctrina dialéctico-materialista y no pasan de ser curiosidades botánicas aisladas dentro del libro y útiles sólo para aquellos a quienes puedan interesar.



La segunda parte de *Ecología y sociedad* es una recopilación de escritos del mismo autor aparecidos básicamente en *Cultura y debate* y que versan sobre diferentes temas que van desde la deposición del dictador haitiano Duvalier hasta la lucha de Hernando Patiño con un cáncer de estómago, pasando por una apología del "mamagallismo como cabal expresión del ingenio humano". Entendemos que la circunstancia de que al maestro Patiño se le haya querido rendir un homenaje póstumo seguramente pesó bastante en la decisión de incluir estos escritos en el libro pero, en la medida en que estos nada tienen que ver con el tema central, se hace improcedentes dentro del contexto general, convirtiéndose en un elemento que en nada contribuye a honrar la memoria del apreciado maestro. El hecho de que *noblesse oblige* no quiere decir que haya que recurrir a la técnica de colcha de retazos, la cual, en este caso, proyecta una imagen bastante incoherente de Hernando Patiño, pues, al brincar de la ecología a lo trivial, el lector queda sin asidero y sin saber si preocuparse por lo que de desastre inminente tiene el manejo que se hace de los recursos naturales o las aventuras picarescas del personaje en cuestión.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Libro admirable

Colonización y protesta campesina en Colombia

Catherine LeGrand

Universidad Nacional, Bogotá, 1988

Algunos universitarios anglosajones "colombianistas" han escrito obras históricas ejemplares sobre su especialidad. Los libros y artículos de K. Romoli, John L. Phelan, Roger Brew, James Parsons, Frank Safford, Charles Bergquist, Michael Taussig, Malcolm Deas y Anthony McFarlane combinan el rigor crítico de un producto académico sometido a los patrones más exigentes con un acercamiento lleno de comprensión y de simpatía hacia su objeto de estudio. Este lúcido libro de Catherine LeGrand posee estas mismas cualidades en grado sobresaliente. Su compenetración con los problemas colombianos es envidiable y, todavía más raro, su exposición sobre la maraña jurídica que ha rodeado los problemas de la tierra en Colombia exhibe una claridad que no es usual encontrar entre nuestros abogados y nuestros legisladores. Su libro es una síntesis muy bien lograda sobre los problemas de la tierra en Colombia que arroja una luz viva sobre lo que siempre han sido oscuros antecedentes de sucesivos períodos de violencia. La indagación rigurosa sobre el complejo de motivos políticos, económicos y sociales envueltos en los conflictos sobre tierras a todo lo largo del siglo XIX y gran parte del XX convierte este libro en una obra difícilmente superable sobre la materia.

Por todo esto, su estudio no debiera confinarse a quienes conciben la historia como una forma de conocimiento y no como un refugio en mitos oscurantistas y bobalicones o como una ideología paternalista destinada a desarmar todo espíritu crítico. Habría que advertir a los censores de la investigación histórica en Colombia que este libro, producto de casi veinte años de reflexión y de

investigaciones, es lo que normalmente podría esperarse de un sistema universitario abierto a la discusión y que de ningún modo se trata de algún peligroso panfleto subversivo. Los hallazgos originales de la autora, y su elaboración de un material básico contenido en setenta tomos del fondo de *Baldíos* del Archivo Nacional de Colombia, tuvieron la forma de una tesis de doctorado sostenida en la Universidad de Stanford en 1980 (que la autora comenzó a investigar hacia 1968). Ahora nos presenta una síntesis mucho más comprensiva, aunque despojada del aparato crítico y erudito que haría laboriosa su lectura. Naturalmente, los investigadores deberán remitirse a la tesis, titulada "From Public Lands into Private Properties: Landholding and Rural Conflict in Colombia, 1870-1930".

La tesis de C. LeGrand reposa sobre una observación que, a pesar de ser elemental, tiene alcances decisivos para la comprensión de los problemas de la tierra en Colombia. A mediados del siglo XIX, el 75% del territorio del país estaba constituido por tierras baldías. La progresiva ocupación de estas tierras estuvo ligada así, no sólo al crecimiento demográfico, sino a las apetencias despertadas por la comercialización de productos agrícolas a partir de mediados del siglo XIX. Entre 1820 y 1870, cuando todavía no se había afianzado el modelo agroexportador, los baldíos sirvieron para amortizar la deuda pública de un Estado al borde permanente de la quiebra. Durante este primer período salieron del dominio del Estado tierras que se adquirirían a cambio de bonos depreciados de la deuda pública. Las promesas de la agricultura comercial cambiaron el criterio para las adjudicaciones que esta vez buscaban promover la explotación económica de una frontera agraria. Hasta ahora, sólo el movimiento colonizador antioqueño había atraído una atención seria por parte de los investigadores. El trabajo de C. LeGrand da cuenta de las dimensiones reales del fenómeno colonizador, el cual debía abarcar prácticamente todas las tierras bajas y de vertiente del país. Con esto se despejan creencias difundidas y